

EL PAISAJE EN LA VIDA Y EN LA OBRA DE MIGUEL DE UNAMUNO

CASTILLA Y «LO INTELECTIVO» (*)

El traslado de Unamuno a Salamanca es de una importancia fundamental en el desarrollo de su carácter. Se realiza cuando tiene veintisiete años, en un periodo de descubrimiento y de formación, tanto en su vida particular como en el campo profesional.

Al llegar al nuevo ambiente tiene la imaginación bien provista de sensaciones recibidas en Vasconia y la mente preparada de antemano para tomar una actitud distinta hacia la naturaleza y la humanidad. Encima del estrato de asimilación fotográfica va a erigir un edificio intelectual de la síntesis de la materia abstracta que surge de sus nuevas experiencias. Así, el estudio de Unamuno en este segundo periodo de su desarrollo, casi no tratará de Castilla, la región en que se lleva a cabo, sino de los pensamientos por ella inspirados. Tampoco se empleará el nombre «Castilla» en su sentido geográfico preciso, sino como lo hace Unamuno, para designar la tierra española que pueda identificarse espiritualmente con las tradiciones que ella representa.

Como ya vimos al considerar la vida de Unamuno, pasó sus años de estudiante universitario en la meseta y en la propia

* Este trabajo es un capítulo, el III, de la tesis que con el título que lo encabeza, presentó su autora, la señorita Marianne Cardis, para obtener su grado de licenciada en Filosofía y Letras en el Departamento Español de la Universidad de Leeds, y de la cual dimos noticia en una de las anteriores «Crónicas unamunianas», en 1950. Consta de cinco capítulos, cuyos títulos son los siguientes: I, La vida y el hombre; II, Vasconia y «lo sensitivo»; III, Castilla y «lo intelectual»; IV, Lo visto y la manera de recrearlo; V, Reintegración: Unamuno y su paisaje. Dicha tesis permanece inédita y nos complacemos en dar a conocer a nuestros lectores el fragmento de ella que sigue.

capital. Sería natural suponer que en tal ambiente recibiría las primeras intuiciones del espíritu de la región, varios años antes de su traslado decisivo. Pero sabemos que no era así. El ambiente de Madrid le era hostil, y en tales condiciones no podía sacar ningún provecho directo en cuanto a la inspiración patria que sus lecturas de historia le hacían desear. Además de ser aquella una ciudad grande, le parecía algo cosmopolita, lo que significaba para él no llegar a ser de región ni de nación alguna (1). No puede estar en armonía con su espíritu:

«Pero ese Madrid es terrible; ahí no hay ni sociedad ni Naturaleza; ni es fácil aislarse ni comunicarse de verdad. Una afabilidad externa oculta honda insociabilidad; es fácil hacerse relaciones pero rara vez se abre el alma.» (*Ensayos*, II, pág. 30.)

Si el hombre que llega a Salamanca es bilbaíno puro, ¿cuáles serán sus reacciones ante Castilla, a la que los separatistas consideran como enemigo tradicional? No se necesita conocer muy a fondo Bilbao y Salamanca para prever una lucha aguda cuando un nativo de uno se propone asimilar todo lo más íntimo del otro. Físicamente son del todo distintos. Vasconia es una región marinera y entre sus verdes montes se abrigan vallecitos fértiles, mientras la tierra interior de Castilla es ruda y pobre. Hace falta una honda adaptación estética para quien quiera llegar a apreciar de verdad esta desnudez después de vivir en la tierra fuerte, pero suave, del norte. Paralelo a este cambio de gusto, tenía que haber uno más profundo todavía, referente a las ideas. Desde el momento en que procuran traducir sus ideales en acción, se acentúa la oposición innata entre los dos pueblos. Inspirados ambos por el amor a la libertad y a la religión, y por patriotismo (2), se encuentran ambos, inevitablemente, en campos opuestos. Vasconia no puede someterse al yugo castellano, y Castilla tiene que procurar imponérselo.

Como es natural, Unamuno se da cuenta de los dos regiona-

(1) «Lo universal ríe con lo cosmopolita; cuanto más de su país y más de su época sea un hombre es más de los países y de las épocas todas» (*Vida de Don Quijote y Sancho*, *Ensayos*, II, p. 13).

(2) Dice Unamuno acerca del problema de lealtades, que depende de la lucha entre la patria común y las patrias chicas: «El regionalismo se acrecienta de par con el cosmopolitismo, a expensas del sentimiento patriótico nacional, mal forjado por la literatura erudita y la historia externa. A medida que se ensancha la gran Patria humana se reconcentra lo que aquí se llama patria chica o de campanario» (*Ensayos*, I, p. 284).

lismos que quiere integrar en sí mismo. En uno de sus ensayos que tratan de este problema dice:

«... me fueron dictados por la honda disparidad que sentía entre mi espíritu y el espíritu castellano» (*Ensayos*, I, pág. 737).

Wills quiere ver esta lucha como existente más en la expresión de Unamuno que en su ser íntimo. «El conflicto entre la tierra nativa y la tierra adoptada, entre el vascuence y el castellano, la lucha secreta y empeñada para vencer la propia aridez y rudeza se manifiestan de vez en cuando con una claridad cegadora, sobre todo cuando, por encima de las contradicciones, intenta conciliarlas. Unamuno no ha llegado todavía a hacer de estos conflictos parciales el conflicto total de España, a hacer de su propio problema el problema del hombre» (3).

Se refiere Wills a cierta brusquedad y rudeza en el empleo del castellano que suele caracterizar el estilo lingüístico de los vascos. Reconoce Unamuno esta tendencia en sus propios escritos y demuestra, desde muy pronto, la determinación de vencerla y, en cuanto sea posible, de ocultarla (4).

Ferrater Mora, en cambio, reconoce en esta lucha una profundidad que parece negar Wills. Hace notar, sin ofrecer explicación alguna de la disparidad, que Unamuno no maneja la lucha según su costumbre. El autor, que suele gozar en explicar y analizar en sus escritos las luchas agónicas de su espíritu, no habla apenas de ésta. Como el avestruz, procura negar su existencia, rehusando el reconocer una oposición evidente. Es éste: «... acaso el único conflicto que Unamuno ha intentado disimular en vez de exponerlo, como los otros, desnuda y crudamente» (5). La única explicación razonable de esta discrepancia creo que está en que Unamuno ve una diferencia esencial entre ésta y sus demás luchas interiores. Reconoce en los demás casos un valor,

(3) *España y Unamuno*, New York, 1938, p. 27.

(4) A propósito de esto, es interesante observar que el estilo de las primeras descripciones publicadas parece mucho más pulido y trabajado que las que escribió Unamuno hacia el final de su vida. Se encuentra en *Paisajes* (1902) un tono de lirismo y una atención en detalles eufónicos que luego no pretende conseguir. Cuando ha dejado de preocuparse por su «ser vasco» y su «ser castellano» no le importa a Unamuno el manifestar cualidades típicas de aquella región, ni le es tan urgente mostrar su dominio de las riquezas y fluidez del castellano.

(5) *Miguel de Unamuno: Bosquejo de una filosofía*, Buenos Aires, Losada, 1944, p. 11.

independiente de los términos del conflicto, que reside en la lucha misma de su inteligencia y de su corazón. Este problema de lealtades en cambio, en lugar de parecerle necesario y vital, es incidental y se basa en los sentimientos. Quiere a Vasconia pero se ha propuesto llegar a querer también a Castilla reconciliando los dos amores. Se siente algo avergonzado de esta lucha por creerla síntoma de flaqueza de la voluntad ante las emociones, en lugar de manifestación de vigor espiritual. Su silencio depende, en parte, de ese sentimiento de vergüenza. Este conflicto es secundario y no esencial; tiene que ser efímero, y así quiere resolverlo lo más pronto posible. Guarda también silencio porque no puede hablar antes de entenderse a sí mismo, y cuando llega a entender su actitud auténtica, el problema se resuelve. Y una vez resuelto, carece de interés para Unamuno.

Hemos dicho que Unamuno llega a Castilla dispuesto a considerarla de una manera distinta a la que caracterizaba su actitud en cuanto a Vasconia. Allí veía el campo e iba recibiendo impresiones y formando gustos durante mucho tiempo, sin hacerlo con motivos previos. Al recordar sus experiencias reparó en que ellas, y sobre todo el modo de recibirlas, había influido mucho en su actitud hacia su patria chica. Ahora que se traslada a Castilla, viene con vivos deseos de llegar a conocerla a fondo, para verificar y ensanchar sus intuiciones acerca del origen y del papel de la región en la patria, que sus lecturas de historia le han sugerido. Se pone a conseguir este fin empleando el método que tan bien le ha servido. Y aunque lo emplee conscientemente y de propósito, al contacto con la naturaleza experimenta un cambio. A la par que va conociendo el campo sensitivamente, pone su atención no tanto en los objetos que considera, como en su propia reacción ante ellos. Es decir, que su imaginación actúa subjetivamente. Poco a poco, y a medida que Unamuno abstrae el sentido que para él tiene su esencia, va desapareciendo la importancia de lo formal, de lo exterior. No pierde el caudal de impresiones vascas de que hemos hablado, sino que le sirven para realizar dicha abstracción, llegando a constituir sus criterios personales, utilizándolo ahora de un modo inconsciente. Se olvida del río y de las encinas que tiene delante de los ojos, mientras analiza los pensamientos y los sueños que han inspirado, en conjunto, su estado de ánimo. Sirviéndose del

«concepto de uno de sus personajes (6) se podría decir que la abstracción que logra después de ponerse en contacto con la naturaleza, está basada en lo visto como materia, pero vestido con la forma del estado actual del ánimo de Unamuno al mirarlo.

Salamanca es la ciudad que sirve de centro a las actividades y descubrimientos de Unamuno. Necesitaba para esto una ciudad relativamente pequeña:

«Una ciudad desde el centro de la cual no se puede llegar a pie en cosa de un cuarto de hora al campo libre, es una ciudad que no responde a mis más íntimas necesidades espirituales» (*Andanzas y visiones españolas*, pág. 95).

Unamuno no gustaba vivir, como sabemos, en Madrid o en París; sentía que, por perder en ellas su personalidad, se asfixiaba en ellas.

«... una gran ciudad, una ciudad millonaria, es mucho más jaula que una pequeña ciudad, cada uno de sus para nosotros desconocidos habitantes hace de alambre, de reja. Y entre todos nos aprisionan» (*Por tierras de Portugal y de España*, pág. 161).

En las capitales de provincia acierta a ensancharse y allí también llega a conocer a sus prójimos. Allí, donde todos pueden desarrollarse libremente, viven una vida espiritual más rica y pueden cultivar la íntima tragedia que lleva cada individuo dentro de sí, y que consiste en la oposición entre la razón y la fe:

«Siento una gran afición a la vida provinciana, porque en ella es más fácil descubrir por debajo de una aparente calma la tragedia» (*Por tierras...*, pág. 160).

Como ciudad difiere Salamanca de Bilbao tanto como difieren entre sí las dos regiones de Castilla y Vasconia. El aire de alegría calma y pausada dignidad de la primera, contrasta con la prisa y los sempiternos quehaceres de la segunda. Salamanca es una ciudad de luz y de claridad, notable por la hermosura de sus edificios dorados, mientras Bilbao tiene la monotonía de casas y fábricas pesantes ennegrecidas por el humo. Pero tal vez era la situación topográfica el factor más importante del

(6) Véase la teoría de don AVITO CARRASCAL en *Amor y Pedagogía*, Buenos Aires, Austral, 1946, p. 30.

cambio de lugar para Unamuno. El puerto donde nació estaba abierto a las influencias extranjeras, sobre todo en la esfera intelectual, y ahora se traslada a una ciudad del interior, con una gran tradición y una herencia de humanidades, pero que carece de facilidades para el intercambio de ideas con los contemporáneos de fuera de España. ¿Qué le parece a él este cambio?:

«Nací, me crié; me eduqué y viví hasta mis veintisiete años en un puerto y después me vine a esta ciudad interior, de la meseta, por donde corre un río que no trae ni lleva más que sus aguas; pero puedo aseguráros que si allí, en mi nativo Bilbao, se me despertó y aguzó el sentido de la curiosidad universal, de la inquisitividad—páseme la palabra—aquí no me ha faltado materia en que ejercerlo» (*Andanzas y visiones...*, pág. 141).

Unamuno se da cuenta de la tremenda importancia de Salamanca en su desarrollo espiritual. Dice que es ella la que ha engrandado sus escritos, aunque en ellos no aparezca nombrada con mucha frecuencia. El, el hombre que ve nuevos sitios y que considera a las gentes de otros países, es el hijo espiritual de Salamanca. Y al describirlos, según su propia personalidad, es a aquella a la que describe, a aquella de quien recibió, en gran parte, esta personalidad.

«Como todos somos condensación del ambiente en que vivimos, todo el que acierte a ponerse en sus obras pone a su patria, chica y grande, en ellas» (*Andanzas...*, pág. 136).

Esta ciudad universitaria le ofrece la paz que necesita. Y la belleza, y, sobre todo, la armonía de Salamanca influyen en él profundamente:

«Es una fiesta para los ojos y para el espíritu ver a la ciudad, como poso del cielo en la tierra, destacar su oro sobre la plata del cielo y reflejarse, desdoblándose, en las aguas del Tormes, pareciendo un friso suspendido en el espacio, algo de leyenda» (*Andanzas...*, pág. 136).

En esta ciudad vive Unamuno una vida de rutina que le permite conservar sus energías dejándole libre la atención para pensar (7). Y así mantiene fuerzas para entregarse a sus lec-

(7) Por la mañana explica sus clases, come a la una y luego va a su tertulia de café. A las tres empieza, en compañía de algunos amigos y conocidos,

turas, a sus escritos y a la gran actividad de su pensamiento. Y por la fidelidad a esta vida, en apariencia monótona, se encuentra en calma y seguro de sí mismo, y no pierde el hilo de su conciencia íntima cuando esta armonía de sus días se interrumpe por actividades políticas, culturales y de viajero. Y es tan automático el seguir un horario elegido, que no le hace falta prestarle atención. En cambio, en las grandes ciudades echa de menos esta libertad:

«Cuando en esta tranquila ciudad de Salamanca salgo de paseo, carretera de Zamora adelante, se me cansan las piernas, seguramente, pero descansa y se refresca mi sistema nervioso. El camino está franco y despejado, no encuentro en él detención alguna, nada me distrae, mi paso es igual, sin que haya de menester variarlo, y mi vista reposa en la contemplación, ya de la lejana y ahora nevada sierra, que parecé un esmalte del cielo, y en la vasta llanura de la Armuña en que se tienden algunas pueblecillos, ya, a mi regreso, en la vista de la ciudad, dominada por las altas torres de su Catedral y su Clerecía. Luego, a casa, me siento a trabajar y a la vez que mis piernas descansan, activase mi cerebro refrescado por el paseo. Pero si en Madrid bajo por la calle de Alcalá y paseo de Recoletos... o recorro calles, he de variar constantemente de marcha; una pareja que está en la acera charlando y me obliga a ladearla, el transeúnte de delante que va más despacio..., todo ello exige una serie de pequeñas adaptaciones, que convierte mi marcha en un acto mucho menos automático» (*Ensayos*, I, pág. 359).

Vemos que mientras en este período de su asimilación de Castilla, suele ver las cosas para sacar el concepto de su esencia, abstrayendo su significado para él, hay también ocasiones en que el campo no le sirve más que de fondo apenas percibido, que por su invariabilidad estable le permite dejar libre a su imaginación. Puede olvidarse de su cuerpo y del mundo concreto en el que se está moviendo, para perderse en el laberinto del pensamiento teórico. Pero es en Salamanca donde Unamuno consigue, sobre todo, reflexionar acerca de sus actividades de fuera y digerir sus nuevas impresiones. Cuando va a Madrid, a leer en el Ateneo, o pasa días y semanas recorriendo tierras, no puede diferenciar las muchas y nuevas impresiones que recibe, y no

su paseo diario, que tiene lugar, muy a menudo, por la carretera de Zamora. Vuelve a las cinco y se dirige a su casa, de donde no suele salir hasta el día siguiente.

puede fundirlas con las imágenes e ideas que ya tiene, hasta que tiene ocasión de considerarlas despacio, a su vuelta a éste su ambiente preferido.

Mientras lucha con sus problemas personales en la tranquilidad de Salamanca, y a medida que va extrayendo lecciones de patriotismo de la tierra, Unamuno llega a hacerse una idea muy exacta de las dificultades y de los deberes individuales. Vé claramente que éste, el individuo, sea hombre, región o nación, tiene que buscar, tiene que entender, y ha de luchar para conseguir dos cosas: la propia personalidad, y como su consecuencia lógica, la inmortalidad. Hablando de las regiones, y tomando como ejemplo a Cataluña, dice:

«El deber patriótico de los catalanes, como españoles, consiste en catalanizar a España, en imponer a los demás españoles su concepto y su sentimiento de la patria común y de lo que debe ser ésta; su deber consiste en luchar sin tregua ni descanso contra todo aquello que, siendo debido a la influencia de otra casta, impide a su convicción, el que España entre de lleno en la vida de la civilización y la cultura» (*Ensayos*, I, pág. 740).

En otro lugar dice:

«Creo que es tan bueno que un pueblo se proclame superior a otro, como que este otro no acate, desde luego, esa proclamación, sino que la niegue y la resista y se proclame él, a su vez, el superior» (*Ensayos*, II, pág. 810, «Algunas consideraciones sobre la literatura hispanoamericana»).

Hablando de su ensayo sobre la crisis del regionalismo dice que le parece que

«... ha contribuido a levantar en no pocos espíritus, sobre todo en Cataluña y en mi país vasco, y a traerlos más aún al patriotismo español. Y al único patriotismo verdaderamente fecundo, al que consiste en esforzarse por hacer a la Patria grande, rica, variada, compleja» (*Ensayos*, II, pág. 13).

Esta teoría de la lucha fértil que ayuda al desarrollo del individuo y establece el dominio social, es la clave que explica la posición de Castilla en España. La historia de ésta es la narración del nacimiento de Castilla y de sus esfuerzos para una perfección. Ella se impone a las demás regiones españolas para conseguir una España unida que, a su vez, pudiera imponerse a

otras naciones. Con su acostumbrada claridad nos señala Unamuno el proceso histórico empleado por Castilla:

«El caso fué que Castilla paralizó los centros reguladores de los demás pueblos españoles, inhibiéndoles la conciencia histórica en gran parte, les echó en ella su idea, la idea del unitarismo conquistador, de la *catolización* del mundo, y esta idea se desarrolló y siguió su trayectoria, castellanizándolos... Esta vieja Castilla formó el núcleo de la nacionalidad española y le dió atmósfera...» (*Ensayos*, I, pág. 59).

Como ya se ha dicho, Unamuno no se dedica a estudiar el paisaje de Castilla por el interés que en sí tiene, pero lo considera un factor importante en la formación del carácter castellano. El hombre es hijo del ambiente físico en que se forma, y en sus hijos se revela la patria, como éstos se entienden, en gran parte, por medio de aquélla (8). Así llama a Castilla «tierra de conquistadores», y cree que, en el caso de Santa Teresa,

«llegó a formar parte de los cimientos del edificio de su doctrina...» (*Andanzas...*, pág. 263).

Es interesante observar, entre paréntesis, que Unamuno señala entre Castilla y la literatura del país, la misma relación que la que reconoce entre Salamanca y sus propios escritos:

«Se ha dicho que en la literatura castellana apenas hay paisajes, pero sin demasiada paradoja cabría retrucar que apenas hay en ella más que paisaje...» (*Andanzas...*, pág. 265).

Quiere considerar a Castilla como una tierra habitada para deducir cuáles serán sus influencias sobre el espíritu de sus hombres, pero también repara en el clima y en las características fundamentales de la tierra. En uno de los escasos momentos en que habla de este asunto, nos indica Unamuno cuáles son, a su parecer, las cualidades sobresalientes de la región:

«¡Ancha es Castilla! ¡Y qué hermosa la tristeza reposada de ese mar petrificado y lleno de cielo! Es un paisaje uniforme y monótono en sus contrastes de luz y sombra, en sus tintas disociadas y pobres en matices. Las tierras se presentan como en inmensa plancha de mosaico de pobrísima variedad, sobre que se extiende

(8) Escribe la tercera y cuarta parte de su ensayo «La casta histórica: Castilla», desde este punto de vista. *Ensayos*, I, pp. 75-97. En las páginas 67-70 hay un excelente resumen de sus opiniones acerca del hombre castellano.

el azul intensísimo del cielo. Faltan suaves transiciones, ni hay otra continuidad armónica que la de la llanura inmensa y el azul compacto que la cubre e ilumina» (*Ensayos*, I, pág. 65).

Después de referirnos a las maneras de ver el paisaje que abandona Unamuno al llegar a Castilla, y de haber considerado su actitud hacia la región en conjunto, es interesante preguntarse: ¿cómo recibe sus impresiones intuitivas de ella? Dos maneras principales se advierten en seguida: contemplando pueblos aislados y visitando lugares dotados de una fuerte individualidad que les hace destacarse de las tierras circundantes.

«Recorriendo estos viejos pueblos castellanos, tan abiertos, tan espaciosos, tan llenos de un cielo lleno de luz, sobre esta tierra serena y reposada, junto a estos pequeños ríos sobrios, es como el espíritu se siente atraído por sus raíces a lo eterno de lo casta» (*Andanzas...*, pág. 50).

Para él, hay una especie de «pueblo castellano» que tiene características muy bien definidas:

«El tópico ese de lo sombrío de los pueblos de Castilla es un embuste. Anchas y muy despejadas plazuelas en que niños, ancianos y adultos toman el sol, la gran plaza del mercado con sus soportales, mucho cielo arriba y mucha luz en el cielo. Y en derredor una vasta campiña de pan llevar, con acá y allá las manchas verdinegras de los pinares, y en el fondo, uniendo la tierra al cielo, la sierra coronada de nieve. Y sube de la tierra una gran serenidad a juntarse con la serenidad grandísima que baja del cielo» (*Andanzas...*, pág. 49).

Cuando visita un pueblo se deja impresionar primero por sus características de especie, y luego por las más individuales. Así llega a Jaraíz y nota primero que es un pueblo de la sierra castellana, y luego que

«Las casas, de trabazón de madera, con sus aleros voladizos, sus salientes y entrantes, las líneas y contornos que a cada paso rompen el perfil de la calleja, dan la sensación de algo orgánico y no mecánico, de algo que se ha hecho por sí, no que lo haya hecho el hombre. La calleja se retuerce y no se ve de un extremo a otro. No es un canal de curso recto: es más bien como el cauce de un río que fuera culebreando. Y se siente la intimidad de la sombra. De una casa pueden cuchichear con los de la casa de enfrente. Diríase una sola vivienda» (*Andanzas...* pág. 236).

Decíamos más atrás que no son únicamente las tierras de Castilla, la propiamente dicha, las que inspiran a Unamuno el conocimiento de la región. Son varios los lugares y comarcas, muchos leoneses, otros extremeños, los que se juntan para enriquecer su concepto de Castilla. En Otero dice:

«Aquí se estudia el paisaje—en que entra el paisanaje—espiritual de Castilla; su realidad histórica actual» (*Paisajes del alma*, página 131).

Y en Yuste encuentra

«... un paisaje más castizamente español y español quincenista...» (9).

Pero es en la montaña, en las alturas de Gredos, donde recibe Unamuno la plenitud de la revelación de España. Al entenderla, en un duradero momento de comprensión, se encuentra a sí mismo. El se había formado buscando a su patria, y ahora que la conoce puede exclamar:

Que es en tu cima donde al fin me encuentro,
 siéntome soberano,
 y en mi España me adentro,
 tocándome persona,
 hijo de siglos de pasión cristiano,
 y cristiano Español.

(*Andanzas...*, pág. 293.)

Allí arriba siente la unidad de España, conoce la belleza, y sueña en la entidad de su patria. Ha buscado los medios de vencer a los españoles de la verdadera indivisibilidad de su patria, y de hacer comprender a las regiones la íntima comunión que las liga una a otra dentro de la personalidad de la patria. Hasta este momento tampoco lo había sentido él. Pero de pronto lo siente en toda su plenitud, y siente también la continuidad histórica de esta personalidad.

«En el alma de España viven y obran, además de nuestras almas, las de los que hoy vivimos y, aun más que éstas, las almas de todos nuestros antepasados» (*Ensayos*, I, pág. 900).

(9) Cfr. Su descripción acertadísima de Arévalo en *Andanzas y visiones españolas*, p. 46; de Medina de Rioseco, «en los antiguos campos góticos», en *Paisajes del alma*, p. 114, y de Alcalá de Henares en *De mi país*, p. 67, que contrasta con los pueblos de Vasconia.

Ve toda la espléndida relación de los miembros—hombres y regiones—de la nación con ella, con España, y ve las relaciones de ésta con las demás naciones en el mosaico mundial. Y entiende que ese ideal hay que conseguirlo así:

«No tendremos vida exterior poderosa, y espléndida, y gloriosa, y fuerte, mientras no encendamos en el corazón de nuestro pueblo el fuego de las eternas inquietudes» (*Vida de Don Quijote y Sancho*, pág. 116).

Esta revelación que recibe en Gredós resume e integra todo lo que tiene dicho y pensado parcialmente acerca de la evolución y del papel de España, a lo largo de su vida entera. Entiende las implicaciones de su situación geográfica:

«La cuestión es ésta: o España es, ante todo, un país central o periférico; o sigue la orientación castellana, desquiciada desde el descubrimiento de América, debida a Castilla, o toma otra orientación. Castilla fué quien nos dió las colonias y obligó a orientarse a ellas a la industria nacional; perdidas las colonias, podría nuestra periferia orientarse a Europa, y si se rompen barreras proteccionistas, esas barreras que mantiene tanto el espíritu *triguero*, Barcelona podrá volver a reinar en el Mediterráneo; Bilbao florecerá orientándose el Norte, y así irán creciendo otros núcleos nacionales ayudando al desarrollo total de España» (*El porvenir de España*, pág. 116).

Y la actitud que debe adoptar frente a Europa:

«... tengo la profunda convicción de que la verdadera y honda europeización de España, es decir, nuestra digestión de aquella parte de espíritu europeo que pueda hacerse espíritu nuestro, no empezará hasta que no tratemos de imponernos en el orden espiritual a Europa, de hacerles tragar lo nuestro, lo genuinamente nuestro, a cambio de lo suyo, hasta que no tratemos de españolizar a Europa» («Algunas consideraciones sobre la literatura hispanoamericana», *Ensayos*, I, pág. 906).

Entiende también la moraleja que puede deducirse de la historia de su reacción hacia las influencias extranjeras que España ha experimentado. Si llega a apreciar esta moraleja, encontrará España su verdadero ademán:

«Hemos tenido, después de períodos sin unidad de carácter, un período hispano-romano, otro hispano-gótico, otro hispano-visigodo y otro hispano-árabe; el que los sigue será un período hispano-

européo o hispano-colonial; los primeros de constitución y el último de expansión. Pero no hemos tenido un período español puro, en el cual nuestro espíritu, constituido ya, diere sus frutos en su propio territorio» (*El porvenir...*, pág. 37).

Es significativo que, en un momento de tanta emoción como el de su encuentro con España en las cumbres de Gredos, exprese Unamuno su alegría del alma en una metáfora, describiendo así la España física esencial:

Esta es mi España, un corazón desnudo,
de viva roca
del granito más rudo
que con sus crestas en el cielo toca
buscando el sol en mutua soledad...

(*Andanzas...*, pág. 292.)

Así Unamuno, al trasladarse a Castilla y asentarse en ella, llega, como se propuso, a conocer a fondo a España entera.

MARIANNE CARDIS

University of Leeds (Inglaterra).